

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ



CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: fescol@fescol.org.co

www.fescol.org.co

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

ctovarleon@gmail.com

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

CONTENIDO

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

LA FAMILIA AUSENCIA <i>Cristian Valencia</i>	131
CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN <i>Pilar Lozano</i>	145
EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	161
“HERMANO PARA SIEMPRE” <i>Marta Ruiz</i>	187
VOLVER A EMPEZAR <i>Sandra Janer</i>	199

PRÓLOGO

UNA PAZ ESQUIVA*

En Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblgado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ
EDITORA

CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN

PILAR LOZANO*

En medio de la coca, la violencia y la pobreza, la hermana Leticia ha encontrado en los libros un camino de redención para los niños y jóvenes que viven en la convulsa zona del Caguán. Su persistente labor se ha convertido en un oasis de reconciliación en una región donde todavía truenan a diario los tambores de guerra.

* Reportera y cronista de prensa, radio y televisión desde 1971. Entre otros, ha trabajado para *El Tiempo* (1977), la *Revista Diners* (1976-1990); *Caracol Radio*, en los programas "Las reporteras" y "Llegaron las mujeres" (1980-1982); el *Noticiero Promec* (1983-1984) y durante tres años, entre diciembre de 1992 y diciembre de 1995, en el Departamento Latinoamericano de la *Deutsche Welle*, Bonn (Alemania). Desde 1987 hasta la fecha (con una interrupción durante su estadía en Alemania), ha sido corresponsal en Colombia del diario *El País*. Es escritora de libros infantiles como: *Socaire y el Capitán Loco*, *La estrella que le perdió el miedo a la noche*, *Colombia, mi abuelo y yo*, *José María Villa: El violinista de los puentes colgantes*, *Los hijos de la lluvia*, *La hormiga que quiso acaparar el agua*, *Los que abrieron caminos en el cielo*, *La paloma despistada y la sardina mensajera*, *Los disparates de Ana y Mateo*. También ha publicado *La guerra no es un juego de niños*, *Historias y lugares: ¿Por qué las estrellas no se caen y el mundo es como es?* y *El Hombre y su cultura*, los dos últimos en coautoría con Santiago Suárez. Ha participado en varias antologías y ha ganado en dos ocasiones las becas de creación del Ministerio de Cultura. Ha ganado el premio Simón Bolívar en dos ocasiones y el premio Julio Chaparro. También el premio Vida y obra al mérito periodístico CPB.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

I Puede un libro alejar a un niño de la guerra? El obispo Francisco Javier Múnera responde sin dudar, como si lo tuviera claro hace mucho: “Una pluma, un lápiz o un libro de cuentos desarman sentimientos y modelos violentos”. A la profesora Abneris la sorprende el interrogante. Apoya el codo sobre la mesa, se toma su tiempo: “No sé; no podría afirmarlo, pero sí creo que es una excelente estrategia de prevención”. Y Ana, una joven que ha visto a varias de sus amigas irse para ‘allá’, engañadas con artimañas, no titubea: “Los aleja de la violencia, no les da tiempo para travesuras”.

Los tres viven en San Vicente del Caguán, pueblo ganadero construido por colonos en las selvas del Caquetá a comienzos del siglo XX, poblado después por desplazados de diferentes violencias. Es uno de los sitios ‘históricos’ de las Farc. Allí sigue siendo opción normal echarse un fusil al hombro e irse para la guerra, y los niños saben remedar muy bien el sonido de las armas: ¡tra ta tatatata!, ¡pum pum pum!

En este municipio, hace 12 años, la hermana Reina Amparo Restrepo y Beatriz Loaiza –las dos profesoras– decidieron reunir niños desde los cuatro años, durante dos o tres horas los sábados o domingos en casas de familia, y llevarles como maestros a estudiantes de décimo grado, cargados con un morral repleto de cuentos. Son los guías de ese tiempo que pasa volando, leyendo en voz alta, dramatizando lo leído, pintando lo escuchado, jugando con las palabras para inventar fábulas o simpáticos disparates: Un día me quedé dormida mirando las estrellas, de pronto ví una luz haciendo maromas en el cielo.

Y bautizaron la idea: Círculo de Lectura Infantil y Juvenil. Todo partió de una conjetura: “Un niño que tome en sus manos un libro, es menos probable que después empuñe un arma”. —¿Quién no conoce aquí el proyecto, si todos los fines de semana vemos ese montón de pelados con las camisetas con un niño estampado sentado sobre una pila de libros y leyendo, que van felices al encuentro? —pregunta Abneris. Jenny asistió por primera vez a los seis años y de la mano de su mamá; hoy, con 14, es guía. —He aprendido a leer, a escribir, a imaginarme cosas, a tener un mundo diferente... —dice con su voz suave que suena a susurro. Una risa sin ruido le dibuja dos coquetos hoyuelos en las mejillas.

CUADRO NÚMERO UNO

El barrio 20 de Julio es uno de los más antiguos de San Vicente. Creció encaramado en la loma, justo detrás del parque, la catedral y la alcaldía; desde algunas ventanas se ve la parte plana del pueblo; desde otras, las perezosas aguas del río Caguán. Las casas son pequeñas, de techos bajos, tanto que sirven para extender al sol la ropa cuando se acumula lo sucio por falta de agua y las cuerdas que cruzan las fachadas no alcanzan.

—¡Profe Jenny! —gritan los chiquillos cuando ven pasar a la guía. —Me quieren —dice ella inflada de orgullo—. Juego con ellos como una niña —explica, como si fuera muy grande—. Me motivan a luchar, a seguir adelante, a no enredarme en obstáculos. Y lo dice con el peso que da hablar de realidades: en una vida tan corta, ha sorteado ya dificultades como montañas. Prepara este encuentro semanal como la más importante de sus tareas escolares; jamás improvisa. Luego registra en un diario todo lo que hizo con los 35 niños y jóvenes que normalmente asisten.

“Como siempre, empezamos con la oración por la paz, hicimos una dinámica de presentación y les dejé tarea: un dibujo sobre cómo hacer el bien. Luego fuimos al parque a jugar fútbol...”, se lee en su letra redonda, pulcra. “Hoy resolvimos una sopa de letras; hablamos de la reconciliación y leímos la parábola del padre que recupera a su hijo... Elaboramos unos cuentos y leímos recortes de una revista, al

final jugamos bingo; la pasamos muy bien”, dice el diario que guarda con celo en su cuarto al lado de sus muñecos de peluche. En el mismo cuarto, pequeño, duermen su hermano y sus padres.

La casa está en una calle ciega que termina en la puerta de atrás de la sede episcopal. El combo del Círculo se tomó este espacio. Al medio día, cuando los mayores se refrescan acostándose en los pisos de cemento de sus casas, ellos juegan descalzos a la pelota. Y desde hace unos meses, en la noche, la calle es el escenario donde ensayan los bailes que presentarán en el Centro Literario, especie de sesión solemne que reúne, en noviembre, a todos los integrantes del programa.

Son las siete de la noche. Jenny coloca sobre una banca, al lado de la reja de la ventana, una grabadora y se acomoda sobre el pantalón una de las cuatro faldas de vuelos, hechas a la carreras por su madre con sábanas viejas. Se planta en la mitad de la calzada, echa el cuerpo hacia atrás, levanta con gracia la falda casi hasta la rodilla e invita a sus alumnos, que la miran sin pestañear, a imitarla: —Esta es la postura del Sanjuanero. —Lo hace con soltura, como si ella, un día, hubiera recibido las mismas pautas de una maestra. Los hace ir y venir, les enseña a levantar la cabeza con elegancia, como si tuvieran ojos críticos de cientos de espectadores sobre ellos.

Jenny, Magnolia, Paola, Mauricio, Liliana... bailan en medio de una algarabía que se enreda en la música. No hay faldas para todas; se las turnan. Cambian de ritmo: cumbia, mapalé, joropo. No les alcanza la noche. Nadie adivina en sus caras sus pequeñas tragedias: la grave enfermedad de una de ellas, el vacío por varios padres ausentes, el hambre que aguantan. Hablan de ilusiones. La más próxima, ser un grupo de baile de verdad, tener el vestuario completo, presentarse en muchos escenarios. Los más lejanos, cuando sean grandes: Mauricio, de cara redonda y pálida, se ve convertido en un destacado gestor cultural; Jenny, como diseñadora gráfica... y así.

¿Son constructores de paz, como reza el lema del proyecto? El Obispo, espectador esa noche de ensayo, soltó en frases cortas su respuesta: —El arte desarma espíritus y va transformando, poco a poco, el entorno familiar, permea lo cotidiano; es como traer hadas, inspiración, donde sólo hay gritos, música estridente.

La madre de Jenny también responde. —Sí, les inculcan valores; es un hecho palpable. Dejan a un lado el egoísmo, la envidia. Ella misma fue guía —como requisito del bachillerato semipresencial— y ha estado al lado de sus hijos, cuando les ha tocado el turno, ayudando, dando ideas, leyendo fábulas que ella inventa. —Es un espacio para integrarse, para despertar la creatividad, un lugar para el desahogo. En otros barrios la respuesta de las madres es la misma. Los Círculos han servido para que los niños “boten la pena”, para la integración familiar —compartir lecturas sirve para que la charla fluya en la mesa—, hasta para suavizar padres agresivos. Una madre que le prohibía a su hijo ir al encuentro porque le parecía una pérdida de tiempo, fue a buscarlo un día con la idea de sacarlo de las orejas. Pero quedó atrapada en la magia de los cuentos.

CUADRO NÚMERO DOS

A la hermana Reina Amparo la llaman “la monja voladora”, porque el velo de su hábito blanco vuela con el viento cuando revolotea en su moto, por las desbaratadas calles de San Vicente. Nació en las montañas de Antioquia en una familia de doce hermanos. Su comunidad —Misioneras de La Consolata— la destinó a este rincón del Caquetá en 1996. Al llegar había cinco o seis asesinatos por semana. Jóvenes y niños veían en las armas una opción de vida. Frente a la casa misional y en el callejón del lado, los veía jugar con pistolas de fulminantes: unos eran guerrilleros, otros policías. —¡Cáigase, ya lo maté! —gritaban. Y el que hacía de segundo del comandante llegaba a cobrar por la libertad de un secuestrado. ¿Cómo desarmar sus mentes y sus corazones? —Para un mañana mejor, se debe desarmar al niño de hoy —fue la respuesta que encontró. Organizó jornadas de desarme, con el apoyo de profesores y del comercio. El más grande fue el 31 octubre de 1997. Los pequeños entregaban su arma y en la entrada del salón parroquial recibían a cambio un libro.

Liliana acudió a la cita a regañadientes, obligada por su padre. —Jugábamos con los vecinos a soldados y guerrilla, era chévere. Nosotros éramos el ejército porque teníamos mejores armas, bonitas, de madera, las hacían mis hermanos. Papá nos regañaba: “¿Cómo se

les ocurre matarse entre hermanos?”. Hoy Liliana piensa diferente: —Esos juguetes bélicos influyen en la guerra del país; desde niño se crea la mentalidad de combatir con el contrincante. Lo dice con una seguridad rara para sus 16 años marcados en su cara con molestos granos de adolescente.

—No podemos desarmarlos y dejarlos con las manos vacías —pensó entonces la monja. Por la emisora comunitaria los invitó a leer, en la casa de la misión, el sábado en la tarde. Acondicionó a la carrera un salón que usaban como depósito de todo tipo de chécheres. Lo adornó con letreros que pegó en las paredes: “El libro nos enseña”, “El libro es un amigo que te hace compañía”. Llegó sólo un niño: Ricardo. Leyó una y otra vez *El profeta gruñón*, y al final pintó lo que más le había llamado la atención. Ricardo se fue con la promesa de regresar con amigos. Al quinto encuentro ya eran 22 los devoradores de cuentos reunidos en esta casa de un piso con todos los cuartos alrededor de un patio angosto y lleno de flores.

Pronto dio un saltó más: ¿por qué los muchachos que realizan trabajo social en los últimos años de bachillerato no se dedican a llevar los libros a los barrios? Ahí entró en escena Beatriz Loaiza, encargada de trabajo social y docente de español del Dante Alighieri, un colegio, en ese momento, del Vicariato. Con apenas 25 libros armaron bibliotecas viajeras que iban de barrio en barrio en moto, a pie o en bicicleta. Funcionaban como carreras de relevos: bajaban los promotores de un barrio y ya otra pareja de estudiantes estaba esperando para salir a otro punto del pueblo. Poco a poco les fueron dando entrada a las casas.

En esas estaba el proyecto cuando San Vicente se convirtió en uno de los cinco municipios despejados por el gobierno para servir de escenario a los diálogos de paz con las Farc. En realidad, fue el epicentro de este experimento que duró tres años. El pueblo se llenó de guerrilleras bien maquilladas, con sus uniformes impecables, coquetas; de guerrilleros crecidos con sus uniformes y su armamento como recién estrenado. Andaban como Pedro por su casa: entraban a la hora del recreo a los colegios, eran invitados sin tarjeta a cuanta reunión se organizara...

Despertaron tentaciones: adolescentes de 14 ó 15 años corrieron detrás de sus enamorados. Después tocó ir a ‘rescatarlas’ al monte, a los campamentos guerrilleros. Un pelado de noveno grado, un buen alumno al que le daban tremendas muendas en la casa, puso a temblar al papá cuando se le apareció de camuflado. Muchos padres, a las carreras, sacaron a sus hijos del colegio porque los vieron inquietos, como con ganas de emular a esos personajes que de un día para otro lo invadieron todo.

—Los niños quedaron desprotegidos; los Círculos fueron la tabla de salvación. Leer fue darles otra forma de mirar la vida —afirma una persona vinculada en esa época con la alcaldía. La desconfianza e indiferencia con la que se miró en un comienzo a la monja, cambiaron por admiración. Le reconocieron su tenacidad, el hecho de no haber dado su brazo a torcer y crear un espacio para “su cuento”. Una entrevista radial se convirtió en la puerta por la que llegaron montones de ayudas: cajas de libros de distintas editoriales y hasta camisetas aportadas por el reinado nacional de belleza.

El gobierno regaló morrales y se repartieron repletos de colores, papel y lápices en noviembre del 99, luego de una gran marcha por la paz.

—Era una alternativa diferente, un oasis en medio de una tensión grande —dice la monja para explicar por qué en estos años se multiplicaron los Círculos y recibieron tanto apoyo a nivel local y nacional.

CUADRO NÚMERO TRES

El eco del proyecto llegó a las veredas a través de la radio. Organizaron varios grupos, llevaron morrales, camisetas y libros. Hoy, el trabajo en el campo continúa, pero ni la hermana, ni Beatriz, han vuelto a visitarlos. Los libros siguen allí, han viajado, en muchos casos, en la maleta de los maestros cuando son trasladados de vereda.

La situación de San Vicente es complicada. Es, como dice un viejo habitante, un “municipio de manejo”. Hay mucho ejército, mucha policía, pero, como reza la excusa más trillada, “más de 30 años de presencia de las Farc son duros de contrarrestar”. Ni los dueños

de los tenderetes escapan de pagar el impuesto “revolucionario”. Once de los 15 concejales y dos secretarios de la alcaldía viven protegidos en una misma cuadra, en un anillo de seguridad con retenes y trincheras en todas las esquinas. Los tienen amenazados. El acecho es permanente y se agranda con cada voladura de un puente, de una torre de energía y en los paros armados cuando por las carreteras se viaja “a riesgo”, es decir, sin el visto bueno de las transportadoras. La gobernabilidad es débil, la tensión entre lo rural y lo urbano parece incontrolable.

En el campo, que sigue siendo espacio natural de la guerrilla, es muy fuerte la presión por el reclutamiento. Lo afirma el Obispo. Más de diez años en la zona dan peso a sus palabras. Para algunos campesinos es una obligación, una especie de servicio militar obligatorio. —Los que no están muy condicionados prefieren desplazarse para luchar por sus hijos —afirma.

Y los que llegan —el desplazamiento se mueve también al vaivén de las fumigaciones en la zona— han formado zonas marginales en pequeñas colinas a las afueras. Barrios donde las casas de tablas se mezclan con lotes vacíos; donde casi en cada esquina hay una tienda con escaparates a medio llenar; barriadas donde las matas de plátano crecen al lado de flores de jardín.

Al fondo, más allá del desorden, se ve, como un croquis, el perfil de los picos de la Cordillera Oriental. Allí vive María, en una casa de piso de cemento quebrado; se nota que fue hecha de afán. En el salón, al lado de una nevera oxidada, se reúnen los niños del Círculo los sábados en la mañana. María se acurruca a un lado a escuchar a los pequeños leer en voz alta, jugar a ser personajes de cuento o escritores. No sabe leer. —No tengo estudio, pero no me dejo robar —dice en medio de remilgos.

Es desplazada. Su hijo mayor, de 12 años, tuvo problemas con “la otra gente”. Estudiaba en la escuela a hora y media de camino, y en ese trecho le calentaban el oído los guerrilleros: que se fuera con ellos, que le pagaban, que le ayudaban a la familia... —Cogí los chiros y nos vinimos. Si él se va, se me pierde —confiesa. Como hay que salir “callado”, echó mano sólo a cinco gallinas y unas papayas. Ahora el campo, las cuatro vacas que dejó abandonadas, pero no piensa regre-

sar. —No quiero, los jóvenes se dejan engañar con nada. Vive con sus cinco hijos y el marido que hoy se busca la vida jornaleando.

CUADRO NÚMERO CUATRO

—Nunca pensé que fuera a ser maestro; pero ahora me miro de profesor y me gusta —dice Mateo, un joven de décimo grado que todos los sábados dirige, junto a su compañera de salón, Nataly, el Círculo de Lectores en un barrio de casas iguales habitado en su mayoría por profesores. Se les nota enamorados de la idea de jugar en serio a ser maestros y le han sacado jugo a las tres horas de entrenamiento semanal para enfrentar este reto. Beatriz es la encargada. Les enseña pequeños trucos pedagógicos: dinámicas de grupo, los secretos de la lectura en voz alta, el desarrollo de la creatividad, el vínculo entre lo pedagógico y lo lúdico.

Beatriz es de esas mujeres que asumen la docencia como apostolado: una oportunidad para cambiar vidas, para sembrar valores. Nació en las montañas de Caldas. Estudió Filosofía y Letras y su tesis —un paralelo entre el concepto de libertad en Nietzsche y en Vargas Vila— obtuvo un puntaje tan alto que resultó becada para viajar a Alemania... pero no fue; se quedó a trabajar y ayudar a su familia. Y le salió un reemplazo de tres meses para ser profesora de español en el Dante Alighieri. De eso hace ya 21 años. —Porque aquí soy útil —contesta sin titubear cuando se le pregunta la razón para alargar tanto su estancia.

—Aquí existía una sola mirada: irse a la guerrilla, al ejército, de cocaleros o a ayudar a los padres en la finca... —comenta. No olvida, por ejemplo, a un estudiante de 12 años que no se desprendía nunca de su bolso y vivía rodeado de un grupo de compañeros. —¿Usted para qué se friega tanto? Yo gané más que usted —le escupía cada vez que podía. En el bolso cargaba un millón de pesos, sus compañeros hacían las veces de guardaespaldas.

—Encontré personas ávidas de afecto, de ser aceptadas, queridas, se sentían los olvidados del país, los habitantes de la 'otra Colombia' —asegura, haciendo un retrato de lo que encontró a su llegada. Cuando apareció la hermana Reina Amparo con su idea, ella

trabajaba un proyecto de lecto-escritura: La magia de la palabra, lazo de amistad. Los planes encajaron fácil. A las dos les preocupaba la soledad, la desesperanza, la falta de espacios lúdicos, de empleo, que empujaban a niños y jóvenes a la violencia, al alcohol, a los billares desde los 8 años.

Beatriz se siente culpable si uno de sus alumnos falla. Se cuestiona todo el tiempo: como educadora, ¿qué estoy haciendo? Por eso pone todo su empeño en la formación de los guías.

A Derly Johana lo que más le gustó del entrenamiento fue descubrir que se puede oler, sentir, oír, tocar de otra manera, más intensa. Como se enseñaría en cualquier taller de formación de escritores: sin dejar escapar nada de lo que se tiene cerca. El mismo día que se lo escuchó a Beatriz, salió corriendo a mirar con otros ojos los árboles, las hojas, registrando colores y formas. —No todos los verdes son iguales, hay unos más biches; hay ramas lisas, otras afelpadas —dice pavoneándose de un hallazgo que compartió de inmediato con sus alumnos, y echa hacia atrás la silla plástica en la que está sentada hasta recostarla en un árbol, soporte de las latas que hacen de techo en la casa de madera y desechos donde viven su mamá y hermanos. Ella, madre de un niño de dos años, vive en un lugar donde le pagan algo por oficios domésticos y le dejan tiempo para estudiar.

—Si uno observa detenidamente la naturaleza, le encuentra sentido a la vida. Saber vivir es bueno —afirma con un aplomo mayor que sus 18 años. Para esta joven mamá, de ojos achicados, como si le molestara la luz, la última frase significa no dejarse dañar con los vicios, no buscar problemas con otras personas, valorarse como ser humano, meterle ganas a lo que se hace. Le preocupa ver a jóvenes de su edad buscando los lugares más oscuros para meter droga.

CUADRO NÚMERO CINCO

La relación de las veredas con el proyecto no está rota; se mantiene a través de los campesinos que bajan al pueblo a mercar o a estudiar. Unos de los últimos en tocar a la puerta de la hermana Reina Amparo fueron Pedro y John Edwin, de 16 y 17 años. Entre semana son campesinos que siembran tomate y fríjol, en una vereda

a tres horas del pueblo donde hay muchos niños y pocos libros. Los viernes “bajan” y se convierten en estudiantes de bachillerato.

Conocieron el programa porque su padre fue guía hace años. Ahora quieren reemplazarlo. —Imagino que sólo irán unos pocos y lo tomarán como una burla; son recocheros —dice con picardía John, el más vivaracho. Ya ideó una estrategia: reuniones con los padres en la escuela, empapelar el caserío con avisos anunciando las actividades. —Para tener más fuerza necesitamos más elementos —afirma, mientras hojea una edición rústica de *La bella durmiente*. Su hermano, de ojos pequeños y escrutadores, lo escucha mientras esculca uno de los muchos bolsillos adornados con bordados de su pantalón nuevo.

La hermana los atiende en el antiguo salón de chécheres de la casa de la comunidad, convertido hoy en una biblioteca de paredes tapizadas con dibujos elaborados por los niños en estos 12 años. Del techo cuelga una inmensa cometa con forma de corazón y una mariposa en el centro. En ella, escritos con letras distintas: “quiero ser piloto”, “quiero ser médico”, “quiero ser policía”, “quiero ser modelo”, “quiero ser futbolista”, “quiero ser enfermera”, “quiero...”. Fue el resultado del trabajo en 2006. Todos los años se elige un tema de reflexión. En esa ocasión, se dedicaron a pensar y recrear sueños. Por eso las cometas para elevarlos y darles la dimensión de realizables. —El hilo de la cometa es la voluntad —les dijo la misionera.

En esta biblioteca está el registro de la historia del proyecto, los nombres de los 10 mil niños y jóvenes que han vivido la experiencia, y aparece reseñada la visita de Martha Lucía, otra habitante de vereda. Llegó en busca de material para llevarlo a un paraje, a dos horas en carro y casi una a pie. Ya canceló el valor de las camisetas —dos mil pesos cada una— con dinero que consiguió a punta de rifas. “No todo puede ser regalado”, es el pensar de las autoras del proyecto. Y tiene su lógica: —Si pagan algo, sienten que el programa es de ellos. Martha ya llevó canciones folclóricas para ensayar bailes, el morral con la biblioteca básica: *El gato con botas*, *El sastrecillo valiente*, *Caperucita Roja*, *Pulgarcito*, *Aladino y la lámpara maravillosa...* en total 30 cuentos, y las nueve cartillas publicadas con los trabajos de los pequeños en estos años. “En un bosque muy bonito donde había un hermoso manantial,

habitaba el turpial y muchos animalitos como el paujil, el tente, la pava, el urracó, llamado también gallito de monte...”, escribió en una de ellas Farid Tafur, de la vereda La Ilusión.

—Sería mejor que en las veredas no hubiera tanta zozobra para estar más pendientes de ellos —lamenta la hermana. Ella también vivió y estudió en el campo, en una escuela a dos horas de la casa. En esa época, un día iban las niñas y otro los niños.

CUADRO NÚMERO SEIS

Durante un año, Abneris subió a diario a una de las lomas por las que se ha ido extendiendo San Vicente del Caguán para llegar a un centro comunal que hacía las veces de escuela, en uno de los barrios donde han encontrado refugio los desplazados. Ningún profesor quería estar allí por lo inhóspito, por el barro que hace riesgoso caminar con los aguaceros de invierno. Eran tres salones en los que se colaba la lluvia, el viento. Los alumnos llegaban descalzos, con el único cuaderno emparamado, cuando se desplomaba el cielo en aguaceros interminables, pues no tenían ni una bolsa con qué protegerlos. Muchos iban a la escuela a descansar después de su jornada de niños trabajadores, vendiendo arepas o empanadas en la madrugada.

Le tocó segundo, pero los alumnos no estaban preparados para el nivel. —¿Qué leyeron en la casa? —les preguntaba. El silencio era la única respuesta. Decidió entonces invitar a practicar la lectura, a los más quedados, después de clase. —Traigan qué leer —les pidió—, un pedazo de periódico, lo que sea. Sólo una niña apareció con el encargo: un folleto de invitación a ingresar al ejército. Los demás llegaron sin nada. —Profe, es que no tenemos qué leer —confesó, por fin, con la cara llena de culpas, el alumno menos tímido.

—Me di cuenta de que estaba sembrando en tierra estéril; en mi cabeza no cabía que no tuvieran al menos una revista —afirma, reconociendo su error, en medio de una sonrisa juguetona, esta profe que no esconde su amor por su oficio. Abneris bajó a buscar cuentos en los almacenes del centro, cuatro cuerdas atestadas de jeeps y tiendas, donde se exhiben colgadas capas para la lluvia, sillas para montar, machetes y baldes. Estando en esas se acordó de los Círculos

de Lectura. Golpeó en la casa de las hermanas y salió con la cartilla número seis, que recoge los trabajos elaborados en el 2003 sobre Colombia, debajo del brazo. —Con esa cartilla aprendieron a leer de corrido, a releer para motivar la comprensión —afirma. Memorizaron trovas y crearon nuevas, sintieron ganas de pintar, de disfrazarse y representar sus propias creaciones.

Algo tienen muy claro Beatriz y la misionera: para recuperar ilusiones y subir la autoestima es indispensable construir identidad, formar parte de algo, controlar el entorno, buscar raíces. Han invitado a niños y jóvenes a hurgar en la historia del país, del departamento, del barrio, de la escuela, de la familia; los han motivado a sentarse a hablar con los abuelos, a profundizar en el concepto de municipio.

En 2005 celebraron de manera singular los 400 años de *El Quijote*: se convirtieron en “Caballeros andantes de San Vicente del Caguán”. Salieron en busca de “una nueva realidad”. El trabajo les valió el premio Santillana que llevó a Beatriz Loaiza a España.

Abneris reconoce, como otros muchos profesores, que en un salón de clase se nota al rompe quiénes han vivido esta experiencia. —Les va mejor en el colegio, se destacan en habilidades lectoras, tienen más destrezas en comprensión, cogen las cosas al vuelo, defienden ideas distintas en medio de la creencia de que lo que vale es el dinero, no el esfuerzo, asegura. Angelica, la nueva profesora de filosofía del Dante, notó algo especial en los alumnos que ya fueron guías: —Creo que el trato con los más pequeños los madura, los aterriza.

CUADRO NÚMERO SIETE

Cristian, de 22 años y figura de Cristo de película, conoció de cerca los Círculos de Lectura cuando tenía 12 años. Por esa época —en plena zona de distensión— andaba con una cámara al hombro, pues era ‘reporterito’ de un programa donde se retrataba el día a día de San Vicente para una productora que creó su padre en medio de la confusión de ‘leyes’ que se vivió en esos tres años de frustrados diálogos. Hoy quiere renacer esa forma de hacer periodismo con un proyecto que, como él mismo lo dice, es el “hijo pequeño” de los Círculos de Lectores: el Círculo de Comunicaciones Infantil y Juvenil. Nació en

un encuentro casual, en el parque, con la hermana Reina Amparo: —Quiero montar una escuela de radio y televisión —le confesó ella. —Es mi sueño, pero sólo he pensado en la televisión —respondió él. Y sin pérdida de tiempo pusieron manos a la obra.

Hoy son diez pelados con unas ganas inmensas de aprender, que se reúnen sábados y domingos a descubrir los secretos de las cámaras, de los equipos de edición, los trucos para preguntar, escribir y hablar sin temor ante un micrófono. —El periodismo es el cuarto poder, ¿verdad? —pregunta Cristian a sus alumnos. Y cuando todos asienten con la cabeza, suelta una frase que golpea: —Lo que van a tener aquí es un poder más grande que el de las armas.

Tiene una certeza: el arte enseña a quitarle la importancia a la violencia. Por eso defiende con tesón una idea: el periodismo, cuando hace tanto eco a las bombas, a los atentados, hace daño. No desconoce que San Vicente está signado por la violencia —en sus recuerdos de niño se ve muchas veces tirado en el piso con un colchón encima para protegerse de balas y bombas— pero de ahí a tacharlos a todos de guerrilleros... Aún le duele lo que le ocurrió en Cali hace un tiempo: cuando confesó de dónde era, una mirada escrutadora y cargada de desprecio lo recorrió de la punta del pie hasta la coronilla.

La nueva generación de periodistas, como ellos se llaman, montaron una página web, *Soy del Caguán*, que tendrá de todo: historia, cultura, humor... Quieren mostrar las cosas que jamás se cuentan de su pueblo: su historia, el porqué de los monumentos del hacha, el de los colonos, la historia del yariseño, un baile con pasos revueltos de sanjuanero y joropo llanero.

Los integrantes de los dos círculos se encuentran los sábados en un programa radial con nombre extravagante: Cultivando una flor exótica sobre el sentido de la gratitud. La hermana Reina Amparo, su creadora, se ríe al aceptar lo extraño del nombre; lo defiende: —Aquí nadie daba las gracias —explica. Pero un día escuchó a alguien agradecer porque le habían agradecido un favor y cuando decidió montar el programa, no dudó en el nombre. Los sábados, en la emisora del Vicariato, *Ecos del Caguán*, los niños del Círculo hacen turno para leer sus escritos; los aprendices de periodistas, con sus camisetas negras —con un micrófono blanco pintado en el centro y la leyenda,

‘Soy periodista’—, manejan frente a los micrófonos el programa de una hora. El tiempo, como en los círculos, vuela: el entusiasmo es contagioso.

Y LA ÑAPA...

En el 2007 este proyecto fue uno de los ganadores del Premio Nacional de Paz. Para sus promotoras significó un incentivo, una nueva responsabilidad, una palmada en el hombro que les dice que vale la pena seguir luchando, una oportunidad de conocer otros trabajos que, como el de ellas, se hacen sin mucho ruido. Una puerta por la que han llegado nuevos apoyos —la Alcaldía les destina desde entonces 10 millones de pesos del presupuesto anual— que les ha permitido nuevos logros: una cartilla, dirigida a maestros, para que ellos repliquen la metodología de esta experiencia en sus escuelas, y llevar profesores de teatro a los Círculos.

La hermana, una insaciable fábrica de ideas, sigue identificando nuevos proyectos para meterles el hombro. Quiere ser una “apoyadora” de sueños. El último embeleco es un Círculo de Creaciones Didácticas. —Debemos unirnos, darnos la mano, separados no hacemos nada —dice convencida—. Si hacemos que el niño se supere, pero dejamos que el joven se dé contra el muro, no hacemos nada.

Y le preocupa su salud, qué pasará con el proyecto cuando se ausente. Por eso cada día delega más en el colegio Dante. A Beatriz la angustia lo mismo. Igual que la hermana Reina Amparo tiene serios problemas de salud. —Me enfermó la violencia —admite. Tomas guerrilleras, atentados, coches bomba, disparos, carreras, le destrozaron los nervios. —Me dolería dejar esto —confiesa, mientras revolotea por su diminuto apartamento. Se queda en silencio y suelta una frase que parece darle consuelo: —Pero este proyecto se puede abrir donde vaya... Le sobra razón: hay tantos sitios con guerra y sin libros en Colombia...